

Así los suyos resultan, como él mismo lo quiso, verdaderas novelas depuradas de ripios, sin adjetivos innecesarios, puesto que son inútiles cuantas notas de color se adhieren a un sustantivo débil; con personajes llevados como de la mano hasta el final por el camino trazado desde el comienzo y sin que el autor se distraiga con lo que ellos no pueden o no les importa ver. Cuentos (novelas sin ripios) expresados con exactitud, con una seguridad de las palabras y contados sin pensar en los amigos ni en la impresión que pudieran hacer tales historias. Referidos como si el relato no tuviera interés más que para el ambiente de sus personajes, de los que el mismo autor pudo haber sido uno de ellos, pues sólo así, como lo confesaba Quiroga, "se obtiene la vida del cuento".

La reseña no puede tener la extensión suficiente para ir a la especificación o al estudio, así fuese brevísimo, de algunos de los cuentos de esta antología. Ni sería dable marchar al resumen o a la presentación argumental de cuentos tan tupidos y esenciales, que han admitido paralelos de la más elogiosa altitud, puesto que para examinarlos, aun se ha llegado a pensar en el mismo origen del género en donde están los innegables gérmenes de la novela, y se los ha comparado con los cuentos de Kipling, de Tolstoy, de Dostoiewsky, en fin, con lo mejor de la literatura relatista de todos los tiempos.

AUGUSTO ARIAS,

*Quito.*

CÉSAR LAVÍN TORO, *Alguien golpeó a mi puerta*.—Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1943.

Es agradable encontrar, entre los tantos libros publicados, uno que sea de amable estilo, de sugerente significado, de contenido vital, a pesar de sus imágenes poéticas. Alguien decía, hace mucho tiempo, que la sorpresa era evidente cuando de improviso se encontraba con alguien que escribiera bien, sin saber, sin haber sabido nunca de él, ni siquiera por una fácil referencia. Pues bien, con César Lavín nos ha ocurrido ello. Su libro *Verticales*, que tanto éxito tuvo en su aparición, no había pasado nunca por nuestras manos, y ese rumor crítico que afuera se escuchaba, no podíamos precisar; no sabíamos si su significado, relativo para nosotros, convergía patentemente sobre el volumen.

Era así, en efecto. Pero ahora no podríamos referirnos a él, por cuanto tenemos la cordial aventura de otro volumen, de un mundo que, si diferente, tiene puntos de contacto con *Verticales*... Y es que su autor se desarrolla en un plano de persistente estilo, de flotantes rutas, por las que es necesario pasar con la constancia viva y los sentidos puestos a toda onda.

*Alguien golpeó a mi puerta* reúne, sin embargo, cualidades demostrativas que encierran la perfección de un escritor que ha hecho, con naturalidad, todo lo posible por conseguirla. No se trata de esfuerzos dilata-dos. Tampoco de una mecánica costumbre de subrayar lo ya construído. Ciertamente Lavín disloca las acciones en poesía viva. Y esto lo consigue dentro de un medio sin rebuscamientos. Porque si su poesía no ofrece un hallazgo de cierta profundidad, tampoco es menos cierto que lo poemático en la obra no es despreciable, por cuanto tiene naturaleza poética, sin caer precisamente en la vulgaridad de los conceptos expresados.

Y es que, para no caer en lo vulgar, es necesaria la dosis de talento expresivo que luce Lavín en cada página, en cada párrafo y en cada libro suyo. Y no es que este comentario trate de justificar el libro como una obra cumbre o fama impertinente. No podría ser. El libro de Lavín recoge un rito, un murmullo, un ambiente, un determinado sitio de reflexiones y pensamientos por los que desarrolla su original medida. Y esta verdad puede confirmarse leyendo la obra, comprobando cómo Lavín huye de lo trascendental, y busca su verdad dentro de un medio que ya domina, pero que trata de extender y perfeccionar como ya lo hemos insinuado.

Puede que falte una espina dorsal en la obra. Tal vez no halle Lavín ese contenido formal, contundente, que exige una novela, un relato, un cuento, o, en fin, todo lo que caiga en las fuerzas determinadas de una designación. Porque a decir verdad, este libro de Lavín Toro no es una novela, no es un libro de cuentos, y su casillero es el poema en prosa, un determinado juego de posibilidades y contenidos para los que la divagación cae en la materia de las realidades.

Y dentro de toda una imaginaria laudable y limpia, hay de todo.

Posiblemente no quiera Lavín extraer de su maravilloso catálogo algún tema "de fondo", y lanzarlo por las correrías casi peligrosas de un libro. No es que se eche de menos. Pero sí da la impresión que la obra fué un deseo de novela, un deseo de cuentos y resultó una sencilla realidad de poesía. Y como allí hay de todo, como un jardín bien cuidado, aquí aparecen los pensamientos, allá están las metáforas y las anécdotas, acá

el amor, más allá se dice algo de la guerra, en tanto que otros instantes pulsán las virtudes, las inquietudes y lo mecánico de un avión desconocido, que se insinúa cariñosamente.

Pero por sobre todas estas cualidades, por sobre todos estos dones que hemos anotado en la obra de Lavín, se destaca su calidad de buen escritor. No hay nada trascendental, nada que intente cambiar el mundo, en este agradable volumen de prosas. Y sin embargo, se toma el libro, se abre en cualquiera de sus páginas y allí está una prosa bien escrita, un lenguaje de cultura sencilla, por bien realizada, sin puntos de contacto con lo vulgar.

Libro de honrada realización, el de Lavín destaca una técnica agradable, una justificación necesaria, a la vez que produce una reconfortante impresión en quienes buscan llenar los ojos con la multiplicidad azul de los sueños.

VÍCTOR CASTRO,  
*Santiago de Chile.*

FRANCISCO MONTERDE, *Proteo*, Fábula. Divagación introductoria de Enrique Díez-Canedo.—México, Editora Intercontinental, 1944. 78 pp.

En el pesimismo habitual de la literatura mexicana, derivativo de lo mucho que nuestros escritores tienen que reprimir, esta pequeña "fábula" de don Francisco Monterde, doctor en Letras, es como un remanso para nuestra sensibilidad castigada. También hace falta lo no trágico. Y Monterde, iniciado en la escuela serena de nuestros colonialistas —*El secreto de la "Escala"*, *El madrigal de Cetina*, *El temor de Hernán Cortés*—, si alguna vez transido por nuestras angustias —*Oro negro*—, ha sabido poner una nota clara en nuestras inquietudes. Su obra nimia, tiene un no sé qué de aéreo. Con la generosidad del que sueña, acepta, para su farsa, cualquier escenario, cualquier época. Más aún, pretende que cualquiera puede ser Proteo. ¿Acaso no pone a nuestra disposición cuantas máscaras queremos?

En el fondo de la fábula, sin embargo, Proteo sólo puede ser el que imponga una personalidad más recia sobre la personalidad quebradiza de los que lo rodean. Será el imprecado en ausencia y el acatado en presencia. En el fondo, también, hay una ironía hacia la parentela que siempre se irritará hacia el hombre de mayor valer que surja del seno de la fá-